

TUCAN  8+

Episodio final

MARTÍN PIÑOL



edebé



Episodio final

Martín Piñol

Episodio final

Ilustraciones: Isaac Sánchez



edebé

Título original: *Episodi final*
© Joan Antoni Martín Piñol, 2012
www.martinpinol.com

© Ed. Cast: edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de Literatura infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés
© *Ilustraciones:* Isaac Sánchez
© Traducción del propio autor

1.^a edición, febrero 2012

ISBN 978-84-683-0429-8
Depósito Legal: B. 32164-2012
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mi abuela María,
la «Bueli», por los días felices.*

Índice

Capítulo uno	9
Capítulo dos	17
Capítulo tres	25
Capítulo cuatro	29
Capítulo cinco	31
Capítulo seis	37
Capítulo siete	41
Capítulo ocho	49
Capítulo nueve	55
Capítulo diez	63
Capítulo once	69
Capítulo doce	75
Capítulo trece	83
Capítulo catorce	89

Capítulo quince	93
Capítulo dieciséis.....	97
Capítulo diecisiete	101
Capítulo dieciocho	107
Capítulo diecinueve	111
Capítulo veinte	115
Capítulo veintiuno	119
Capítulo veintidós	123
Capítulo veintitrés	125
Capítulo veinticuatro.....	129
Capítulo veinticinco	135
Capítulo veintiséis	143
Capítulo veintisiete	147

Capítulo uno

Mi abuela era una princesa.
Ésta es su historia.

Pero no su historia entera, claro. Porque mi abuela ya era mayor cuando yo nací, o sea que yo no estuve antes y no puedo recordar todo lo que ella vivió.

Lo que no olvidaré nunca fue el día en que la vinieron a buscar.

Mis padres me habían dicho que la abuela estaba enferma y que se iría unos meses a una clínica a descansar. Yo nunca entendí por qué tenía que descansar



en una clínica, si ya se pasaba el día tumbada en la cama.

Y no es que ella tuviera mucho sueño, como los osos polares de los documentales aburridos, que se pasan el invierno durmiendo porque no tienen ni estufas ni radiadores.

La abuela se pasaba el día en la cama porque decía que ya no tenía fuerzas para caminar. Quizá es porque algún día que yo no estaba, ella jugó muchos partidos de fútbol seguidos y se quedó cansada para siempre.

Lo único que sé es que, cuando yo era pequeño, ella me cogía por las manitas y me enseñaba a caminar por su pasillo. Y años después, cuando yo ya tenía un poco de fuerza, era yo quien la aguantaba a ella y la acompañaba al lavabo.



Un pie detrás del otro, sin prisas. Como si tuviera las baldosas llenas de hormigas invisibles y las quisiera ir chafando una a una.

Qué largo se volvía ese pasillo cuando caminábamos juntos...

El día que vinieron a buscar a mi abuela, mis padres me llevaron a su casa para que le diera un beso. No es que se tuviera que morir ni nada, pero quizá ahora ya no la veríamos tanto y seguro que a ella le haría ilusión.

Cuando subimos al piso, encontramos la puerta abierta, sin que nadie nos estuviera esperando. Como el edificio de mi abuela no tenía ascensor, normalmente ella o mi tía nos esperaban en el rellano y nos iban hablando y animando hasta que llegábamos arriba. Porque vivían en



un quinto, que a mí siempre me parecía como subir al Everest. Sólo que en vez de encontrar montañas nevadas y algún Yeti, encontrábamos a la abuela.

Sin embargo, ese día nadie nos iba hablando mientras subíamos, peldaño tras peldaño.

Ese día la escalera parecía más antigua, más oscura y más fría que nunca.

Corrí mucho, hasta llegar arriba, a la puerta de mi abuela.

Tiré al suelo mi paraguas y la mochila del cole y seguí corriendo por el pasillo hasta llegar a la habitación de mi abuela.

Ella estaba sentada en la cama, con un vestido azul, mirando hacia el balcón, como si tuviera la cabeza en otro lugar, en otra época.

No parecía ni darse cuenta de la horri-





ble tormenta que estaba cayendo. Quizá porque sabía que, si ella se hubiera puesto a llorar, le habría podido hacer la competencia a la lluvia.

La abracé tan de repente que se asustó.

La abracé muy fuerte porque yo no quería que se fuera para siempre y no la pudiera volver a ver nunca más.

—¡No me dejes nunca! —le dije, mientras me ponía a llorar de golpe.

Y mira que yo no soy de llorar. Sólo lo hice una vez que en el cole me obligaron a saltar el plinto y me dejé las pelotas allí arriba. Las niñas se rieron pero ¡es que dolía tanto...!

Después mi tía entró en la habitación.

Mi tía vivía con mi abuela, porque no se había casado nunca. Y aunque no exista



ninguna ley de los policías y los jueces que lo ordene, se ve que, cuando no te casas, te tienes que quedar en casa de tus padres cuidándolos, porque ellos te cuidaron a ti de pequeño.

A veces, mi tía parecía poco contenta de vivir con mi abuela. A veces se encerraba en la cocina con mi padre y yo los oía gritar y discutir. Y después, cuando abrían la puerta, fingían que no pasaba nada.

Pero nunca me engañaron. Yo ya sé que Bruce Wayne es Batman, que Peter Parker es Spiderman y que mi padre y mi tía discutían hablando de la abuela. A mí no se me escapa nada.

—Están a punto de llegar —dijo mi tía, casi sin voz.

Y entonces sonó el timbre.